



En la tienda de antigüedades del perverso Mefisto encontrarás cosechas, espejos, cuartos. Juguetes, aceras y gárgolas. Sombras, misterios, páginas finales, resucitaciones. Zoológicos, creaciones y rituales. Caricaturas, casas embrujadas, leyendas, gusanos....

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons Atribución-
NoComercial-SinDerivadas 3.0 No portada.

<https://creativecommons.org/licenses/by/3.0/deed.es>

Torre de Johan Rudisbroeck

¡Toma tu calaverita!

Por varios motivos propios de la época, este número (que volvió a romper récord de participación con setenta cuentos recibidos) está viendo la luz (negra) justo el día en que todo mundo quiere llevarse un buen susto.

No te defraudaremos.

Así, en la tienda de antigüedades del perverso Mefisto encontrarás cosechas, espejos, cuartos. Juguetes, aceras y gárgolas. Sombras, misterios, páginas finales, resucitaciones. Zoológicos, creaciones y rituales. Caricaturas, casas embrujadas, leyendas, gusanos....

Y, al final, una propuesta gráfica que te hará rabiarse de emoción.

Toma un quinqué y adéntrate en nuestra casa de hojas.

Miguel Lupián

TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL PERVERSO MEFISTO

Cosecha

Daniel Fierro

Y entonces besé tu hombro suavemente, sobre la chaqueta de cuero. En realidad no fue un acto impulsivo, sino una recreación de algo que hizo otra pareja en la barra. Según tú ese beso –sobre el hombro desnudo de la chica– era una señal inequívoca de una relación en desarrollo; según yo, el tipo recién trataba de llevarla a la cama. «Así me besaba mi novio», dijiste. Así que imité el movimiento para probarte que un pinche beso en el hombro no dice nada de la relación entre dos personas. «No es lo mismo. Es decir, sí es lo mismo, pero la forma, la intención...», y entonces te di otro beso en el mismo lugar. Supiste que no iba a ceder y sonreíste de esa manera que... bueh, de esa manera. Le diste un trago a tu gin & nosequémadres y comenzaste a bailar sentada, con esa cadencia ligera que inspira a tomarte de la mano y salir a caminar sin prisa ni pausa por la ciudad. Y eso hicimos, aunque no tan así. No te tomé de la mano pero sí del hombro y caminamos con una ligera llovizna que, gracias al vino y a los gin, resultaba imperceptible. Y de nuevo el ir y venir de energía: esa extraña distancia de mi parte, esa tensión innecesaria de la tuya. Tu risa, mi curiosidad. Tu boca. Tu voz. Atravesamos un parque mojándonos despacio, sin nada más que estar pero sin estar del todo. Encontramos un lugar de esos ge-

néricos de la Roma y continuamos bebiendo y charlando de cualquier cosa que te hiciera sonreír porque tenías razón: los besos en el hombro siempre significan algo más que un pinche beso en el hombro.

Ni tu casa ni la mía, porque el vino no fue tanto y estaba (casi) seguro que no sucedería jamás. Y entonces salimos y los vimos, besándose salvajemente dentro del auto que comenzaba a empañarse de los vidrios; era la pareja de la barra, aprovechando la privacidad que les daba el alumbrado descompuesto de esa esquina. Me miraste sonriendo y levantando la ceja izquierda, sin decir nada. Estaba por tomarte del cuello y recrear la escena una vez más, pero el extraño objeto que cruzó encima de nosotros, iluminando el cielo por completo, me distrajo totalmente. Y el ruido que vino después, parecido al del viento helado que rompe contra una piedra pero amplificado hasta hacerse ensordecedor, hizo que la gente saliera de los locales para encontrarse con esa luz que parecía del amanecer y que tenía el cielo completamente azul, a pesar de las nubes, y entonces la iluminación artificial de postes y casas y edificios y restaurantes y bares se fue por completo, al igual que la música y la señal de los celulares y los motores de los autos, y era tanto el brillo en todas partes que comenzaron a dolernos los ojos, y ahora si te tomé de la mano y caminamos rápidamente hacia mi auto estacionado –aunque intuía que sería inútil porque todos los autos estaban detenidos–, y aunque casi todos los conductores se bajaron a mitad de la calle, otros intentaban poner en marcha sus vehículos sin éxito, y así sucedió cuando llegamos al mío, y la luz era cada vez más intensa, dejándolo todo casi color blanco, y el sonido ahora era como cientos de turbinas de avión en pleno despegue, y entramos al primer local que encontramos cerca y los televisores estaban apagados al igual que las lamparas y focos, y la gente trataba de hablar o mejor dicho de gritar, pero el ruido del cielo era demasiado alto y la luz cada vez más y

más brillante y caliente y estaba en todos lados, y te miré y tu gesto de miedo me hizo consciente de mi propio gesto de miedo, y vi tus labios moviéndose, pero no pude escuchar lo que decías, aunque creo que estabas rezando, y la gente corría y otros se hincaban o lloraban o se abrazaban, y nadie entendía nada, y entonces cayó el tipo de camisa roja y la rubia y el mesero y la gente en la acera de enfrente y los que estaban en la puerta y tú y las chicas que corrían por la calle e inmediatamente caí yo.

Cuando desperté, todo era oscuridad y silencio. Grité, o al menos sentí que lo hice con toda la fuerza posible, pero no escuché nada. Abrí los ojos al máximo, pero tampoco pude ver algo. Me puse de pie, sintiéndome un poco mareado. Estiré los brazos y sentí algo que traduje como una columna. Di un paso y me golpeé con una mesa que moví para sacarla del camino. Me agaché, buscando a tientas cualquier señal de vida hasta que sentí una mano, tu mano. Me apretaste, reconociéndome, aunque debiste confirmarlo tocando mi cara. Hice lo mismo, sintiendo tus lágrimas en mis dedos. Después de un largo abrazo, caminamos hasta sentir el aire fresco en la piel. Comenzamos a caminar entre los escombros, tropezando de pronto con lo que se sentía como cuerpos y diferentes objetos. De vez en vez nos deteníamos para tocarnos y tratar de comunicar algo, lo que fuera que pudiéramos decirnos con el tacto. Pude sentir las quemaduras en tu piel y la sangre que corría por detrás de mi oreja; me hice consciente del dolor en varias partes del cuerpo después de los primeros minutos de camino. Pensé que también estarías lastimada, y eso me obligó a tranquilizarme para poder pensar con claridad. Nos detuvimos y empezaba a revisarte en busca de heridas cuando sentí que saltabas lejos de mi alcance. Estiré la mano, desconcertado y tratando de gritar. Entonces sentí las enormes manos ásperas jalándome hacia atrás, primero dos y luego cuatro, que me levantaron en un solo movimiento para arrojarme por el aire. Caí sobre

lo que pronto entendí como los cuerpos húmedos y amontonados de otras personas, que manoteaban y pateaban y mordían lo que tuvieran cerca, presas del mismo pánico que comencé a sentir cuando toqué las paredes del contenedor que poco a poco iba quedándose sin aire para respirar.

El rostro del espejo

Ernesto Días Alcántara

El de esta ocasión había sido el peor de todos, el más siniestro, el más perverso. Cada expresión escondía dentro de su dureza un pasado de vicio y de pecado. La rebeldía que se alcanzaba a ver en los ojos era opacada por un terrible odio que helaba la sangre. La sonrisa, más bien mueca, era mezcla de amargura y burla. Al despertar, el artista estuvo a punto de mandar al diablo la promesa que se había hecho a sí mismo: dibujar todos los rostros que viera en sus sueños.

Siempre había gozado del don para recordar con lujo de detalle los rostros de sus sueños. Ésa era precisamente una de las razones que lo había hecho inclinarse por la pintura. A su madre y a Julia, su primera novia, las había dibujado una decena de veces. A su actriz favorita la había dibujado no en menos ocasiones; y al enviarle uno de los «retratos» incluso recibió una nota de agradecimiento de su parte. Su técnica era apreciada, se había convertido en un habitual en esas galerías de arte que apoyan al talento joven. Pero entre más exitoso se volvía más extraños se volvían también los rostros de sus sueños. Un amigo suyo le había dicho un día que pareciera que se encontraba en los círculos del infierno de la Divina Comedia. Es cierto que de vez en cuando tenía sueños placenteros y pintaba

rostros hermosos, angelicales; pero también era cierto que esos rostros eran los menos populares en las galerías. Era lo lúgubre, lo infausto, lo aciago lo que parecía venderse más. Una de sus expositoras lo había definido como el artista de lo real y lo encarnado: «su técnica es un espejo de rostros que son espejos, a su vez, de lo que encarna el espíritu de nuestra época». Los últimos cuatro o cinco retratos los había escondido. Le apenaba mucho que su técnica sólo fuera capaz de mostrar lo peor del hombre; su desgracia, su caída.

Había pensado en tomarse unas vacaciones, incluso si eso significaba incumplir su promesa. El rostro tatuado en su cabeza sería el último que dibujaría por un buen rato. Al terminarlo, cogería su equipaje y se iría a alguna isla del Mediterráneo a pasar unas semanas de descanso. Con esa idea en mente, se apresuró a preparar su lienzo. Como era usual, no tuvo ningún problema para aterrizar en el trapo la horrible visión. Cuando le estaba dando las últimas pinceladas notó en el obscuro rostro una familiaridad que lo estremeció. Ya puesto en el lienzo, el rostro cobró vida y mostraba a detalle su verdadera esencia. Al principio pensó que se trataba del mismísimo demonio, pero la terrible humanidad del rostro lo hizo ir a buscar la explicación a otra parte. Sabía que ese rostro ya lo había visto en otra parte. Revisó el catálogo fotográfico de las pinturas que había realizado, pero no se parecía a ninguna. Pensó que quizá se trataba de alguien al que había visto en la calle o en alguna galería, pero no alcanzaba a acertar de quién se trataba. Así se pasó el resto del día mientras la pintura lo seguía mirando con esos ojos rebeldes y llenos de odio. Ahora entendía que esa mueca se burlaba de él.

Cuando se acercaba la media noche dio por terminada su pesquisa. Cogió el retrato sintiendo náuseas cada vez que sus miradas se encontraban, pues a pesar de ser de un hombre, el rostro de la pintura no dejaba de tener cierta similitud con un gusano repugnante. Bajó al sótano y

dejó la pintura junto a las otras que escondía (y que no había incluido en su catálogo fotográfico). Al darse la vuelta, y justo detrás de la puerta, había un autorretrato que había nacido de la única vez que se había visto en un sueño. Se encontraba tendido dentro de un ataúd mientras una multitud lloraba a su alrededor. De piel pálida y con los ojos cerrados, el rostro guardaba una extraña similitud con el último retrato. Aunque no era el mismo rostro, parecía tratarse del mismo hombre. La paz fúnebre del primer rostro se había convertido en obcecación en el rostro de pintura aún fresca. Podía tratarse de otro rostro, o de lo que hacen los años, las penas o los pecados en él, pero definitivamente se trataba del mismo hombre. Aún sin sobrepasar el susto, el artista abandonó el sótano cerrando la puerta de un violento golpe. Corrió por las escaleras, que nunca antes le habían parecido tan largas, tan tortuosas y eternas, y al llegar a su dormitorio preparó sus maletas. Escribió un par de notas y llamó un taxi para que lo llevara al aeropuerto. Mientras esperaba su transporte llamó a su agente (un hombre que nunca dormía) y le comunicó su decisión y su destino. Cerró todas las ventanas y puertas, preparó la alarma que nunca antes había ocupado. En el tablero de la alarma aparecía una tintineante lucecita en forma de número cuatro que indicaba que la ventana del baño de su dormitorio se encontraba abierta. Mientras se dirigía al baño escuchó el timbre del interfono que anunciaba la llegada de su taxi. Encendió la luz del baño y cerró la ventana, y cuando bajó la mirada se encontró de frente el rostro que hace apenas un par de horas había pintado. Vio el odio y la rebeldía en los ojos, observó la mueca burlona de labios tensos. Sintió cómo las arrugas cobraban vida y se movían como oxidadas en aquella horrible cara. Intentó concentrarse en aquel rostro, pero entre más fijaba la vista en él más difuso se volvía. Los ojos rebeldes se cerraron, la mueca burlona iba recuperando elasticidad hasta convertirse en pura serenidad y las arru-

gas desaparecieron hasta mostrar una piel joven y pálida. Ahí, frente al espejo, cayó en cuenta de que ese rostro viejo y horrible era lo que le esperaba si seguía almacenando el dolor y la desesperación de sus pesadillas. Acabaría siendo él la tela en donde se plasmaría su obra más acabada, epitome del artista de «lo real y encarnado». Se decantó por el rostro joven y sereno del féretro. De un golpe violento hizo pedazos aquel lienzo etéreo y cogió de él un gran pedazo con el que abrió con firmeza las arterias femorales de ambas piernas. Se tumbó tranquilamente en el piso y esperó que con su sangre se fueran todos esos rostros, los bellos y los horrorosos. La catarsis funcionó. Comenzó a sentir una fría paz en su debilitado cuerpo. El interfono había dejado de sonar y el lugar se llenó de una tranquilidad mortal. Sus ojos se cerraban y lo último que el artista vio en vida fue ese macabro rostro que había dibujado unas horas antes asomándose por el pedazo de espejo ensangrentado que aún sostenía en su mano derecha.

Un par de días después, el interfecto se encontraba en su caja mortuoria, con los ojos cerrados, la piel pálida y ataviado con un bello traje negro. Después del funeral, su agente volvió a la casa del artista, se dirigió al sótano y extrajo las pinturas que ahí se encontraban. En contra de la voluntad del artista, que en su última llamada telefónica le había pedido que no vieran nunca la luz, organizó una exposición póstuma.

Todas las pinturas se vendieron, excepto una: la del hombre de los ojos cerrados y la cara pálida, que quedó abandonada en una vieja bodega de una de esas galerías de «nuevos talentos». La pintura de los ojos rebeldes y la mueca burlona fue comprada por una mujer acaudalada que fue hallada colgada seis días después en su sala de estar, donde se podía ver arriba de la chimenea, sin marco y aún con su bastidor original, la pintura de un siniestro y perverso rostro.

El cuarto del medio

Ricardo A. Vega

Nunca lo usábamos. Cubierto por un largo pedazo de tela de cortina que hacía de puerta, unas ventanas siempre selladas y una lámpara que no recordamos la última vez que se encendió, la oscuridad de la habitación era evidente desde casi cualquier punto de la pequeña casa.

Nuestro hijo de dos años gustaba de pararse tras la cortina que cubría la entrada del cuarto del medio, jugando al esconder. Al principio lo dejamos, y hasta participamos con él preguntando en alta voz: «¿Dónde está Antonio?, ¿dónde está Antonio?» Esto parecía ser el más inocente y sano de los juegos, además de provocarle al niño una risa que nos endulzaba la existencia. Pero luego de varios días, nos dimos cuenta que éste, poco a poco, extendía el tiempo en que la cortina tapaba su rostro, mientras se aventuraba a dar algunos pasos, cada vez más arriesgados, cerca del escalón que dividía la sala de las habitaciones. Era extraño, pues ya a su edad había aprendido exactamente dónde estaba el peldaño, además de haber desarrollado la habilidad de escalarlo o descenderlo con la debida precaución y destreza. Pensamos que tal vez era la risa del retozo la que agitaba su emoción, impidiéndole la prudencia de un juicio que lo ayudara a prever el conocido peligro del escalón. Por ello decidimos prohi-

birle la travesura de esconderse tras la cortina. Ahora, cada vez que lo intentaba, le decíamos: «Antonio, no», lo cual casi siempre lo hacía detenerse, con la ocasional estrategia de intentar ignorarnos, y ver hasta dónde podía adentrarse en el cuarto del medio.

Encontramos toda esta interacción normal por demás, hasta que nuestro otro niño, el de tres años, se unió en coro a nosotros, llamándole la atención a Antonio cada vez que éste intentaba su tierna pero peligrosa ocurrencia. Sin embargo, nuestro hijo mayor, el cual nunca se aventuró a jugar con la cortina, y mucho menos entrar al cuarto oscuro del medio, le advertía a su hermanito no de los riesgos de la grada que no veía, sino del «bimac» que vivía en el cuarto, y que para él era obvio ser el responsable de confundir y tratar de empujar a Antonio a tropezar con el escalón. No sabíamos de dónde éste había sacado la palabra «bimac», pero sí era indiscutible que se refería a algún tipo de personaje o monstruo, que moraba, según él, dentro del cuarto.

Hurgábamos nuestra memoria en la infructuosa búsqueda del origen de la palabra «bimac». Nos la repetimos varias veces en voz alta, experimentando con diferentes entonaciones y segmentaciones, a ver si dábamos con su significado. Nada funcionó. Y preguntarle a nuestro hijo mayor era una empresa baldía, pues éste se limitaba a repetirnos la palabra «bimac», añadiendo un gesto con las manos y la boca, que indicaba lo frustrado que estaba de que no entendiéramos algo tan elemental. Desistimos del esfuerzo, rendidos a que tal vez el tiempo nos ayudaría en nuestra pesquisa.

En las noches, los cuatro dormíamos en el cuarto de la derecha. Dos grandes camas eran suficientes, y la combinación de quién dormía dónde y con quién variaba de noche a noche. Pero los pequeños eran bien apegados a su madre, y casi siempre me dejaban solo en la cama que, por tener soporte, estaba un poco más elevada que la